

Aires en 15 de Enero de 1811 el más completo olvido de lo pasado en cambio de su sumisión á su autoridad. Mas como por este camino viera que nada podía conseguir, el comandante Elliot, jefe de las fuerzas británicas de mar, ahora nuestro aliado, anunció á los buenos-aiireños el bloqueo de Buenos-Aires, mientras Elio por su parte después de declarar á la Junta de Buenos-Aires rebelde y digna del mayor castigo, ordenó que empezasen las operaciones contra sus fuerzas consiguiendo en esta primera campaña el más triste resultado, pues no solo perdió varios pueblos de importancia, sino que se pasaron á los insurgentes oficiales de valor y prestigio como Rondeau, Artigas, Ortiguera, Sierra y Fernández. Artigas, que ya había vencido á las tropas de Elio en San José, las derrotó nuevamente en Piedras á pesar del numeroso tren de artillería con que había dotado el virey, el cuerpo expedicionario, fuerte de mil doscientos treinta hombres, llegando en dispersión á Montevideo las que se salvaron, y como supiera Elio que Rondeau se movía de Mercedes para estrechar el sitio de Montevideo, procuró una inteligencia con Buenos-Aires á cuya junta ofreció el sacrificio de su autoridad, pero Saavedra que allí mandaba en jefe, sabedor de la revolución del Paraguay contra su gobernador Velasco y de la creación de una junta popular independiente, respondió intimando á Elio y á Montevideo su sumisión á su autoridad. Elio se vengó bloqueando con mayor vigor el Plata y con el estéril bombardeo de Buenos-Aires, pero con esto no robusteció su autoridad, ni pudo impedir que Rondeau y Sarraatea pusieran formal sitio á Montevideo, y aunque hizo una salida furiosa para destruir las baterías enemigas, nada consiguió, pues fué duramente escarmetado.

En tan apurado trance Elio se decidió á reclamar, —Julio de 1811,—la intervención brasileña. Hasta aquí en la Plata decían las juntas populares que ellas velaban por los derechos de Fernando VII, que ellos eran los leales, y que los demás no eran sino traidores vendidos al Brasil y á la infanta Carlota que deseaba alzarse con la herencia de su hermano, de la que era en verdad heredera eventual. Toda la prudencia, todas las precauciones para desmentir estas especies que hallaban resonancia grande entre los elementos populares, se estrellaron ante la enérgica propaganda que en ellas se hacía en dicho sentido; así el marqués de Casa-Irujo, nuestro embajador en el Brasil que hasta aquí había hecho realmente lo imposible para destruir propaganda tan dañosa, sólo se pudo resignar á consentir que las

tropas brasileñas pasasen la frontera en socorro de Elio por lo apurado de su situación, bien convencido, empero, del mal efecto que había de producir en todo el vireinato de la Plata la entrada de los auxiliares brasileños, y no se equivocó el marqués, pues tan pronto entraron los portugueses, los mismos jefes adictos á las autoridades españolas y al virey, se mostraron disgustados y recelosos, pudiéndose decir que ya á una y otra ribera del Plata no existía más que una opinión y esta estaba unánime contra los brasileños ó portugueses. Esta unanimidad produjo por de pronto una cierta especie de pacificación, pues la Junta de Buenos-Aires propuso á Montevideo un convenio que se aceptó, sobre la base del reconocimiento del rey Fernando VII é integridad de la monarquía española y una amnistía completa. Con estas condiciones y las de que Artigas se retirase al otro lado del río Uruguay, debían regresar los brasileños á sus casas, corridos naturalmente de la afrenta que se les hacía.

Si todo esto fué espontáneo, sino fué una maniobra hábil por parte de los que dirigían el movimiento emancipador para agraviar á los portugueses haciendo imposible para en adelante la intervención, no hay duda que se debe deplorar que en tales circunstancias no se hubiese dado con el hombre capaz de mantener el prestigio español en el territorio argentino. Pero nosotros confesamos nuestras dudas sobre la sinceridad de tales afectos, creemos que los patriotas supieron con habilidad suma deshacer la coalición que les hubiera vencido, y al pactar, y al ganar tiempo, dicho se está que ganaban consideración y medios para renovar la lucha.

Aprobaron las Cortes españolas, más adelante, este convenio de Octubre, que costó, desde luégo, el vireinato á Elio, reemplazándole Vigodet; pero lo que no pudieron hacer las Cortes fué que cesase la anomalía de dos gobiernos, uno en Buenos-Aires y otro en Montevideo, sin contar el que Artigas con sus gauchos ejercía en Tucumán.

El temor del Brasil, ó la repugnancia por la infanta Carlota, ó la lealtad exagerada de los americanos por Fernando, fué causa también de los movimientos del alto Perú, compuesto de las provincias del Potosí, La Paz, Charcas, Cochabamba y Santa Cruz, y de los gobiernos Mojos y Chiquitos; región, empero, incorporada al vireinato de Buenos-Aires desde 1778, de la que volvió á separarse en 1810, quedando como un gobierno semi-independiente, al mando de un general que no se entendía con el virey del Perú, que residía en Lima, más que para los asuntos de alta administración.

Cuando el brigadier Goyeneche, delegado de la Junta Central á América, para que se renovasen los juramentos de fidelidad á España y para impedir los manejos de los comisionados imperiales, llegó á Charcas, después de haber pasado por Buenos-Aires,—año 1809,—encontró aquella región profundamente perturbada por las disensiones de las propias autoridades, pues halló al presidente de Charcas contra la Audiencia, de un lado, y del otro al arzobispo contra el Cabildo eclesiástico, buscando uno y otro bando el apoyo del pueblo para hacer prevalecer sus opiniones. ¿Y qué sucedió? Que por lo mismo que Pizarro se puso, desde luégo, al lado de Goyeneche, la Audiencia se mostró recelosa y poco dispuesta á reconocer los poderes de éste y á no ser por la mediación del arzobispo, Pizarro y Goyeneche hubiesen obligado á la Audiencia con las armas en la mano.

Vencida la Audiencia y sus amigos, se buscó el desquite procurando presentar á Goyeneche como un emisario de la infanta Carlota, y esta calumnia, hábilmente explotada, llegó muy pronto hasta el presidente Pizarro, y el 25 de Mayo de 1809 estalló el tumulto popular que dió pretexto á la Audiencia para deponer á Pizarro, de quien se encargó el populacho, hábilmente dirigido, de obtener la abdicación de su cargo.

La revolución de Charcas, de la que aparecieron, desde luégo, autores Paredes, Michel, Alcerriza y Lanza, procuró ganar á las otras provincias antes dichas, instándolas á que creasen Juntas, para impedir que la casa de Braganza se apoderara de la herencia de la casa de Borbón, pero sólo en la Paz encontraron sus comisionados crédito.

Alarmado el virey de Lima, y temeroso de que los auxilios de Buenos-Aires no pudiesen llegar oportunamente á apagar el horroroso fuego que amenazaba comunicar su llama á las demás provincias de aquel vireinato, envió al coronel Ramírez á la provincia de Puno para que organizase en ella un cuerpo de tropas, y nombró al brigadier Goyeneche presidente interino de Cuzco y general en jefe del ejército, del que dicho Ramírez debía ser su segundo, oficiando al mismo tiempo á todas las autoridades realistas para que cooperasen por todos los medios posibles al feliz resultado de las operaciones sometidas á estos dignos jefes.

Los que en La Paz no habían hecho más que secundar el movimiento de la Audiencia, creyéndolo autorizado, al ver tan cerca á Goyeneche principiaron á dudar y á temer, y á buscar términos para una conciliación; así Murillo, jefe de las armas de

La Paz, y el Cabildo ó Municipio, procuraron establecer inteligencias con los vireyes de Buenos-Aires y Perú; pero, descubiertos sus tratos por los que ya veían á dónde podía dirigirse la revolución de Charcas, se produjo en la noche del 13 de Octubre un terrible motín que dió por resultado el ser separado Murillo del mando, muriendo asesinados el alcalde Zangüas y el tesorero Arrieta, siendo arrastrados por las calles sus cadáveres.

Proclamó ó puso el pueblo á Indaburu de jefe de las armas, pero éste militar no perdió tiempo en entenderse con Goyeneche para una rendición de La Paz, á condición de un perdón que Goyeneche concedía si se le entregaban todas las armas; pero este perdón no debía llegar hasta todos, cuando vemos á Indaburu, que creía poder contar con la adhesión de las fuerzas rebeldes, compuestas de seiscientos hombres armados de fusil, doscientos paisanos bien montados y armados, y una multitud de indios con lanza y macana, sorprender en la noche del 18 de Octubre de 1809 á los principales jefes y proceder á su ejecución al día siguiente. Mas cuando ya se había decapitado á Rodríguez, bajan del cerro de Chacaltaya los que allí tenían su campamento, penetran en la plaza, fuerzan las trincheras que Indaburu había formado para su defensa, matan á éste y le cuelgan de la horca que había dispuesto para sus víctimas. El pueblo fué saqueado, las casas de europeos fueron asoladas y no se restableció la tranquilidad hasta llegar á la vista del pueblo Goyeneche, que lo ocupó el día 25 de Octubre, saliendo su segundo, Tristán, tras de los sublevados, á quienes alcanzó en dos encuentros, dispersándolos y haciendo prisioneros á sus jefes, menos á dos, que fueron asesinados por los suyos al verse derrotados. Goyeneche sometió á un consejo de Guerra á los jefes, por orden del virey de Buenos-Aires, siendo á poco pasados por las armas.

Aterrados los de Charcas por lo que acababa de pasar en La Paz, se apresuraron á pedir clemencia, poniendo, desde luégo, en libertad á Pizarro; y, concedido el perdón por Nieto, el nuevo presidente, éste fué recibido, procurando, desde luégo, purificar á la rebelde Audiencia, enviando á sus principales individuos á distintos puntos.

Seguro es que sin las expediciones de los buenos-aiireños al alto Perú, y con la resolución que tuvo Nieto de licenciar sus tropas al notar que estaban por los de Buenos-Aires, no se habría turbado la paz si Balcarce, después del asesinato de Liniers y sus compañeros, no se acercase ahora al Potosí, en donde mandaba el bueno é irresoluto Paula Sanz,



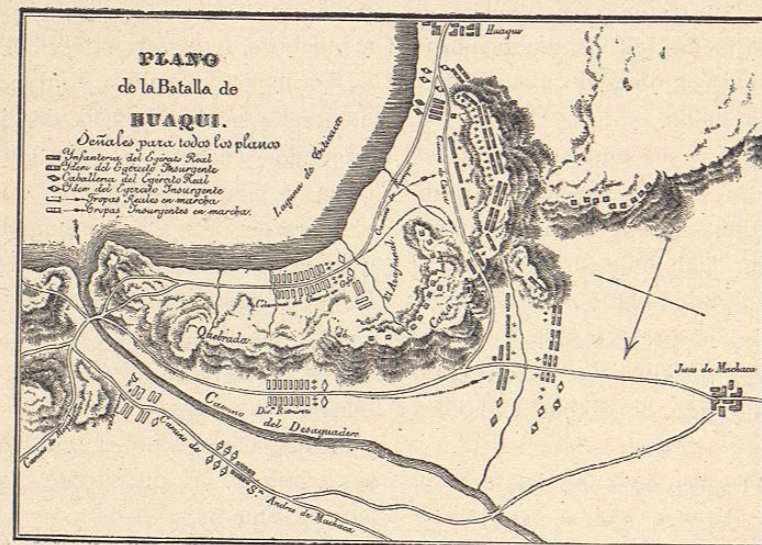
que no encontró todo su valor sino delante de la muerte.

Sanz mandó al encuentro de Balcarce á González de Socasa, con seiscientos provinciales; pero este coronel, que era tan esforzado como poco inteligente, fué á situarse en Chichas, en donde á los pocos días se le juntó el mayor general Córdoba, con un corto número de provinciales y marinos.

Detrás de ellos venían el coronel Basagoitia con quinientos hombres de las milicias de Puno y Arequipa, y Ramírez que había dejado el mando de La Paz á Tristán y que llevaba dos mil hombres, pero que estaba retenido por la falta de instrucción de sus

gentes. Goyeneche, continuaba en el Cuzco organizando sus tropas con severidad y prudencia, bien convencido de que su cualidad de americano y de leal amigo de España, había de hacerle blanco de las iras de sus compatriotas que veían en él á un traidor.

Balcarce podía, pues, estar seguro de ser bien recibido, pero todos estos aprestos vino á trastornarlos la revolución de Cochabamba, la más fuerte, la más feraz y la más poblada de las provincias de esa región de América, situada entre las de Charcas, Potosí y La Paz. Por fortuna esta vez la indisciplina no derramó sangre, y las tropas que eran del país velaron por la seguridad de todos.



Este movimiento de los cochabambinos llamaba la revolución al centro del país, interrumpiendo las comunicaciones del Potosí con el Plata, por cuyo motivo, Ramírez mandó contra los cochabambinos al coronel Pierola, con orden de que les observase, con cuatrocientos cincuenta infantes y ciento cincuenta dragones de Tinta, pero que no pasase de Sicasia. Pierola, empero, se dejó llevar de su ardimiento y avanzó hasta situarse en la pampa de Aroma, en donde se vió envuelto el 15 de Noviembre por tres mil caballos y quinientos infantes, que poco tuvieron que hacer para dispersar completamente á la gente de Pierola. Al saber Ramírez lo ocurrido por su mismo jefe derrotado, lejos de retroceder avanzó valientemente y tomó posesiones en el cerro de las Animas, enviando al Desaguadero los fondos públicos y todo lo que podía estorbar su retirada en caso de necesidad. Al mismo tiempo ordenaba á Tristán que hiciera lo mismo en La Paz y que él con su gente acudiera á su lado. Pero Tristán se había dejado ya ganar por los revolucionarios

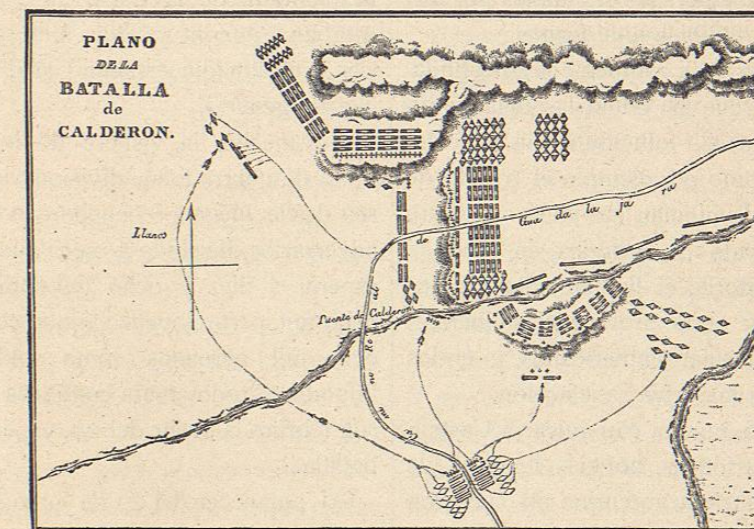
y en vez de acudir al lado de su jefe, sabedor de desastre de Aroma, levantó la bandera de la rebelión, con lo que obligó á Ramírez á retirarse yendo á situarse en Tiaguanaco.

En la frontera fueron aún mayores los triunfos de la revolución. Balcarce se presentó á últimos de Setiembre en la hacienda del marqués del valle de Tojo, quién se mantenía neutral, si bien inclinado á los revolucionarios, y como sólo llevara el jefe argentino ochocientos hombres, dispusieron Córdoba y González atacarle antes de que recibiera el refuerzo de seiscientos hombres que él aguardaba para hacerlo, con lo que doblaría el número de las tropas que aquellos llevaban, abandonando al efecto á Tupiza que no podían defender con menos de cuatro mil hombres que no tenían y yendo á tomar posiciones en Cotagaita, para donde salieron el día 9 de Octubre entrando dos días después Balcarce en Tupiza. Creyendo el argentino que Córdoba huía se apresuró á salir tras él, y el 27 del mismo mes se puso á tiro de cañón de los que creía fugitivos.

Cansada la tropa de Balcarce, para darla algún reposo, y para quebrantar si era posible la lealtad de los que tenía al frente, les envió un parlamentario, á quien Córdoba despidió diciéndole que si era verdad que ellos defendían al rey Fernando y la integridad de la monarquía, allí á su frente tenían las autoridades á quienes debían prestar obediencia. Fallido este recurso, y logrado el principal objeto, Balcarce lanzó su gente al asalto de las posiciones que ocupaban Córdoba y González, pero con tan mala suerte, que perdió en el combate su artillería y buen golpe de gente, retirándose todos en dispersión á Tupiza.

Si Córdoba hubiese sido ahora reforzado, Balcarce hubiera debido escapar á Buenos-Aires á uña de caballo, pero Córdoba sólo recibió de refuerzo á los trescientos cincuenta hombres que mandaba Basagoitia, y á los cien que se presentaron allí acompañando al presidente Nieto, esto cuando Balcarce iba á ser reforzado como lo fué con la gente que antes hemos indicado, y además con doscientos hombres que le trajo de Tasija el vizcaíno Larrea.

Córdoba, sin duda alguna receloso, avanzaba con lentitud y reserva. Entró el 6 de Noviembre en Tupiza y al día siguiente se fué al encuentro de Balcarce que le esperaba en el pueblo del Nazareno enfrente



de Suipacha. Balcarce que tenía preparada una emboscada, al principiar el combate hizo como que huía con lo que logró llevar á Córdoba donde se había propuesto exterminarle, y en efecto, al penetrar éste por las angosturas del Chasaya, se le hizo de pronto tan terrible fuego desde sus gargantas que el avance quedó súbitamente paralizado, y no fué esto lo peor, sino que como viera el mayor general á sus espaldas fuertes masas, é ignorase que eran curiosos é indios atraídos por el estrépito del combate, temiendo ser cortado, dió la orden de retirada que se convirtió en orden de la derrota, pues, perdida la serenidad, la dieron sus jefes y soldados á huir á la desbandada abandonando á Balcarce la artillería, dos cargas de plata, las tiendas de campaña, muchos otros efectos y buen número de prisioneros.

Siendo necesario abandonar el país á Balcarce, Nieto envía al conde de Casa Real á la ciudad de Potosí, para que Sanz la desocupe y salve los doscientos mil pesos que allí había. Al otro día, que fué el 19 de Diciembre, se presentó igualmente

González que iba escapando con lo que podía reunir de los dispersos, pero Sanz irresoluto no se decidió á abandonar á Potosí sino cuando ya el Cabildo había recibido aviso de la próxima llegada de Castelli: así al ir á salir, se le presentó el alcalde Quintana, le intima la prisión y el anciano Sanz se da por preso.

A poco lo eran también Nieto que huía en compañía de varios oficiales por el despoblado que va á la costa, y Córdoba que tuvo la imprevisión de ir á buscar un seguro en las cercanías de Potosí. Conducidos los tres á esta última ciudad fueron pasados por las armas el día 19 de Diciembre de 1810, mereciendo notarse que Paula Sanz, puesto ya en el cuadro, pidió y obtuvo el besar las banderas de los que iban á sacrificarle, caso que aquellas fueran, dijo, las banderas del rey Fernando VII por cuyo servicio moría.

Ramírez, sabedor á tiempo de lo ocurrido, se apresuró á marchar á Desaguadero para ponerse á las órdenes de Goyeneche.